

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Luciérnaga

Michael Chu

Te ruego me perdones, pues hay mucho que decir de la arcanista y soy el único capaz de narrar su historia. Esta carga me pertenece, al igual que todo lo que aguarda después. El final no es un misterio, se encuentra escrito en las piedras despedazadas y los muros caídos que nos rodean; así como en los susurros que escapan de cada boca.

Sin embargo, nada es tan sencillo con respecto a la magia. Vale más que estés seguro de que todo lo que viste o escuchaste no constituye la historia completa.

Mientras me encontraba convaleciente en mi cama —y los médicos aseguraban que viviría— no tenía más que hacer que examinar los recuerdos de días previos en busca del patrón que auguró esta gran catástrofe. Conozco a la arcanista mejor que nadie, incluso mejor de lo que se conoce a sí misma, aunque ella nunca admitiría que tal cosa es cierta. Esta mujer bien puede ser la maga más poderosa de nuestro tiempo. Su corazón es puro y sólo busca hacer el bien, pero está poseída por la imprudencia e invencibilidad que conlleva la juventud y la brillantez. No existe regla que no rompiera y jamás comprendió las palabras *no puedes* y *no debes*. Fue así desde que nos conocimos hace años.

Un día como éste.

* * * * *

La hechicera Isendra entró a mis aposentos con una niña pequeña frente a ella. Las dos eran tan distintas como fuego y hielo. Isendra tenía una apariencia regia y resplandeciente en su fina toga verde y joyería de oro, mientras que la niña me recordaba a un ave. Su cabeza giraba de lado a lado y sus ojos recorrían prestos el lugar, fascinada por lo que le rodeaba: los libros en mis estantes, las filas de botellas rellenas de líquidos y polvos extraños, así como artefactos arcanos cuyos usos me eran desconocidos. La toga de la niña no era más que andrajos gastados, manchados con sudor y tierra. Esta pequeña bien pudo haber sido uno de los niños indigentes que hacían presa de los mercaderes ricos en el bazar de Caldeum. Su largo cabello negro era una maraña, seca y quebradiza, cubierta de lodo y polvo al igual que ella. Tenía la piel bronceada por el sol y sus labios se encontraban partidos; despellejándose.

—¿Así que ésta es la niña? —Le pregunté a Isendra mientras miraba a la pequeña despeinada que se encontraba de pie frente a ella.

Isendra la miró con duda. —La encontré en el atrio batiéndose a duelo con Mattiz, Allern y Taliya —desagrado goteaba de la voz de la hechicera—, estaban más que dispuestos a aceptar su desafío.

—Parece estar ilesa, —dije. —¿Qué hay de los otros?

—Están atendiendo a Mattiz y Allern, Taliya sólo resultó herida en su orgullo.

La niña sonrió ante el recuento.

—Quizá sea lo mejor, —respondí. —Esos tres necesitan una lección de humildad, trataré con ellos más tarde.

—Pero en este momento tratarás conmigo, anciano. —La niña tenía una voz precisa e imperiosa, potenciada con la confianza surgida de la seguridad infantil.

—Y habla, —le sonreí a Isendra.

—En efecto, —respondió ella de manera seca. —Vaya que habla.

—¿Quién eres? —Preguntó la niña. —¿Por qué me has traído aquí?

—Soy Valtheek, sumo consejal de los Vizjerei y señor de los clanes magos del Cenobio Yshari.

La niña me miró en silencio por un largo rato.

—¿Tú? —Dijo al fin.

Me reí. —Dime niña, ¿quién eres y a qué has venido? De seguro tienes un propósito más importante que enviar a mis aprendices a la enfermería.

—Mi nombre es Li-Ming y no soy una niña —dijo ella—, soy una *arcanista*.

—Afirmación audaz, —respondí. Me costó trabajo ocultar lo gracioso que me parecía que la niña invocase el estilo del *arcanista*, un título reservado para los magos más notorios de la historia. Aquellos que la gente común sólo menciona con miedo y los concedores de lo arcano con terror.

—Son más que palabras, —dijo Li-Ming en tono amenazador.

Alcé una mano para calmarla. —Muéstrame entonces.

Apenas y había terminado de hablar cuando un poderoso viento sopló sobre mi escritorio, barriendo papeles, libros, frascos de tinta y demás objetos que reposaban sobre éste; lanzándolos al suelo en una pila desordenada. Mi expresión permaneció neutra y la

niña consideró esto una invitación para hacer más. Li-Ming extendió sus brazos hacia ambos lados y de sus palmas levantadas surgieron dos líneas de fuego en dirección al techo. La explosión de aire caliente provocó que su cabello se agitara en dirección opuesta a las llamas, cuyo reflejo podía apreciarse en sus ojos cafés.

Me encogí de hombros. —Trucos baratos.

Li-Ming apretó la quijada con frustración. Cerró las manos y las llamas desaparecieron, aunque el calor permaneció. Listones incandescentes de color rojo y anaranjado cobraron vida con otro movimiento de su brazo; formas serpentina que danzaban en la parte central de mi escritorio. Ella agitó el brazo una vez más y filas de libros salieron flotando de mis estantes. La pequeña los transportó en fila india por la habitación hasta que comenzaron a girar a su alrededor como si los hubiera atrapado un remolino. Luego, los apiló uno por uno para formar un trono. Ella se sentó en él, mirándome.

Li-Ming arqueó una ceja y yo respondí con un aplauso lento y mesurado.

—¿Es eso lo mejor que tienes, niña? —Hice un ademán con la mano. Las llamas de mi escritorio se apagaron y los libros se colapsaron en una pila. Li-Ming saltó para no desplomarse junto con ellos. —La gente temía a los magos denominados arcanistas, pues han llevado al mundo al borde de la destrucción una y otra vez. El poder indómito de los arcanistas era tal que la tierra temblaba ante sus maquinaciones. Asimismo, trataban con los demonios de los Infiernos Ardientes y pactaban para entregarnos a la ruina. Le jugaban sucio a la muerte y rasgaban el tejido mismo de la creación. Tú desordenaste las pertenencias de un viejo y le diste fuego a su escritorio.

—Puedo hacer más, —dijo defensivamente. —Algún día he de convertirme en la arcanista más grande de todas.

—En mi experiencia, uno puede esperar largo tiempo para que se materialice algún día y aún así te desilusionarás cuando esto ocurra.

—¿Has escuchado del milagro en el Río del Valle de la Garza? —Preguntó ella.

—Una historia sobre una sequía y una niña joven que intentó arreglar las cosas — respondí a la ligera—, creo que la llamaron arcanista.

—Yo soy esa arcanista, —dijo Li-Ming con orgullo. —Habían pasado meses desde la última lluvia y el Río Garza no era más que un chorrito. Los campos se secaron y se tornaron cafés. La gente del valle pensaba que sólo quedaba esperar a que los dioses los salvaran, pero yo sabía que era capaz de hacer lo que los dioses no harían.

—Quizá sea bueno que consideres que no es prudente blasfemar contra los dioses de tal manera, —indiqué.

Ella ignoró mi interrupción. —Busqué el agua que pude y la extraje de sus depósitos en las profundidades. Luego la junté con el delgado arroyuelo que se deslizaba sobre el barro partido del lecho del río. Lo tomé todo y lo lancé al viento con la intención de crear una tormenta. En un principio no ocurrió nada y la gente dijo que yo no era más que una niña tonta agitando los brazos y rezando que cayera lluvia. Sin embargo, yo sabía. Pasaron algunas horas y el cielo se oscureció. Pequeñas nubes grises aparecieron donde antes no había ninguna. Se extendieron por el horizonte y crecieron hasta que el sol quedó oculto detrás de ellas. Adquirieron el color de la noche, imponentes nubes cargadas de lluvia que proyectaban sus sombras a lo largo del valle. Los aldeanos que rieron comenzaron a creer. El sonido del trueno hizo eco y los relámpagos iluminaron las nubes desde el interior. El aire se humedeció, pude sentirlo en mi piel conforme una brisa descendió de las montañas. Ésta se convirtió en llovizna, luego en lluvia y al final en un aguacero. La tierra bebió y el Río Garza fluyó una vez más. Eso es lo que puedo hacer.

Isendra no lo creía. —Ningún infante podría haber hecho tal.

—Que se encuentre más allá de tus habilidades no significa que lo esté de las mías, —le dijo Li-Ming a la hechicera; su mayor por dos décadas.

—En un principio yo mostraba el mismo escepticismo —le dije a Isendra—, pero conozco la verdad y es como dice. No obstante, omitió algunos detalles.

La sonrisa desapareció del rostro de Li-Ming, aunque aún llevaba la barbilla en alto, desafiante.

Proseguí. —Los meses que siguieron al término de la lluvia presenciaron el retorno de la sequía; peor que antes. La gente culpó a la arcanista por ello.

Li-Ming habló con voz suave. —Aquellos que me elogiaron ahora clamaban para que se me enviara lejos y mi padre y mi madre accedieron. Yo sólo deseaba ayudar, no sabía lo que ocurriría.

—La gente no confía en los magos, pues temen aquello que son incapaces de comprender. Cualquier mago entrenado en el Cenobio Yshari habría visto el peligro de lo que pretendías. —Sonreí. —Sin embargo, de haber intentado lo que hiciste, tengo poca fe de que habrían logrado siquiera una fracción de tu hazaña.

Li-Ming percibió mi cambio de actitud. —Entonces enséñame.

—Lo consideraré, pero ahora que tengo tu medida, no sé si encajes como estudiante aquí. Tienes mucho que aprender, mucho más que olvidar y me pregunto si posees la voluntad para llevarlo a término.

—¿Cómo puedes decir eso? Soy más fuerte que cualquiera de tus aprendices. ¡Tráelos aquí y te mostraré! Lucharé si eso es lo que quieres, anciano. No importa, crucé el océano y el desierto para estudiar aquí y eso haré.

—Esa decisión me corresponde a mí, —dije.

—Déjeme enseñarle, —dijo Isendra abruptamente.

—¿Qué? —Pregunté.

Li-Ming miró a la hechicera, dudando.

—Hay algo en esta niña. Como dice, tal vez no rinda frutos, pero puedo ver tan claramente como usted que existe potencial. Cabe la posibilidad de que llegue el momento en que la necesitemos y lamentemos haberla rechazado. —Isendra sonrió. —Quizá veo algo de mí misma en ella.

Li-Ming sacudió la cabeza. —No te quiero a ti. Quiero que el anciano me enseñe.

Isendra la miró con cara de pocos amigos. —Deberías estar complacida. Hice la guerra contra los Señores del Infierno mientras tú no eras más que un pensamiento en la imaginación de tus padres. No he vivido todo lo que hasta ahora para enseñar magia a una niña irreverente, pero esa es mi oferta.

—Y mi respuesta es no, —dijo Li-Ming.

Guardé silencio mientras consideraba si debía aceptar esta situación. La habilidad de Isendra no tenía rival —casi era mi igual— y contaba con experiencia que podría intrigar a la niña y mantener su atención. No obstante, tenía mis reservas.

—Silencio, ambas. —Dije en tanto me incorporaba. —El conocimiento de magia elemental de Isendra rivaliza con el mío y considero que descubrirás que tú y ella tienen mucho en común; no hay mejor maestra para ti. Si yo fuera tú, esperaría no haberla convencido de reconsiderar su oferta. Aceptarás, o veremos como te va por ti misma. La historia está repleta de arcanistas olvidados que nunca lograron nada.

Li-Ming se mordió el labio. —¿Acaso no tengo voz en el asunto?

—No —respondí—, no tienes.

* * * * *

En tal ocasión nos conocimos y aún lo recuerdo claramente. Isendra asumió su papel en la enseñanza de la niña y se convirtió en su mentora. Li-Ming, por su parte, adquirió un profundo respeto por la hechicera. Eran mucho más similares de lo que sospechábamos, pero Li-Ming agotó rápidamente la totalidad del conocimiento de Isendra. Su relación cambió y Li-Ming comenzó a tratar a la hechicera como igual y no como su maestra. Por su parte, Isendra también estaba cambiando y eso me preocupaba. Era demasiado indulgente con el comportamiento de Li-Ming. Sin nada que aprender, Li-Ming siguió la curiosidad que siempre la había impulsado y ahí comenzaron los problemas.

Cuando sorprendí a Li-Ming husmeando en las secciones de la biblioteca que albergaban textos prohibidos —considerados demasiado peligrosos para su estudio— sabía que era necesario hacer algo al respecto. Asumí el control del entrenamiento de Li-Ming pese a las protestas de Isendra y la vigilé de cerca. Intenté incorporar estructura a la vida de la niña y presentarle un curso de estudio que regresara su interés a empresas más aceptables.

Sin la responsabilidad de enseñarle a Li-Ming, había poco que retuviera a Isendra en el Cenobio Yshari, sitio donde ahora pasaba poco tiempo. Sin embargo, siguió siendo una gran amiga y su consejo siempre fue invaluable. Cuando nos reunimos los tres varios años más tarde, Isendra llevaba una vida lejos del Cenobio y de su otrora estudiante.

Ojalá pudiera pedirle consejo ahora.

* * * * *

El verano debió haber dado paso a los días más frescos del otoño y del invierno, no obstante, el calor sofocante perduraba. Cubría de la zona sur del imperio hasta las Estepas Secas al norte. Aún eran los inicios del reinado del emperador Hakan II y los supersticiosos consideraban que la situación era un mal augurio. El clima era muy distinto de lo normal, aún cuando se trataba del desierto. El calor implacable lo cubría todo mientras tormentas de arena y tornados cruzaban la faz de los páramos ardientes. Los enormes océanos de arena hacían honor a su nombre. Las dunas se movían, creando un entorno siempre cambiante que desenterraba enormes salientes de roca con filosos bordes capaces de

desgarrar carne y hueso. Parecían dientes monstruosos surgidos de la arena. Su coloración había pasado de amarillo a rojo, como si estuviesen manchados de sangre. El desierto devoraba aldeas enteras, dejando sólo los cimientos de piedra o puñados de ladrillos de barro donde alguna vez hubo casas.

Transcurrió otro año y el verano parecía no tener fin. El imperio se marchitaba. Envié un mensaje a Isendra pidiéndole que investigara posibles causas del estado del clima mientras yo dejaba Caldeum en compañía de Li-Ming. Nos internamos en el desierto para ver qué podríamos descubrir por cuenta propia.

Sin embargo, regresábamos a casa varios meses después con más interrogantes que respuestas. Viajábamos en camellos. En el horizonte, Lut Bahadur apareció en escena lentamente. Era uno de los poblados más grandes de las Tierras Fronterizas, ubicado en una parte del desierto donde era posible habitar; mas no sencillo. El calor parecía tener vida propia. Se clavaba en uno, surcaba bajo la piel y eliminaba todo recuerdo del frío. Yo llevaba una delgada toga de algodón y una capucha que cubría mi cabeza. Asimismo, tenía un trozo de tela —que sólo dejaba mis ojos al descubierto— enrollado alrededor de mi rostro para protegerme de las ululantes tormentas de arena. Li-Ming se había convertido ya en una joven mujer. Las trazas de inocencia infantil habían desaparecido y, por lo general, contaba con una expresión seria que, de cuando en cuando, se convertía en una sonrisita bien practicada. Llevaba su mejor toga pese al calor y empleaba una pizca de magia para sustentarse.

—Se acerca el fin de nuestra búsqueda, Li-Ming. Parece que no estamos más cerca de entender el misterio de este verano interminable. —Dije.

—No puedo explicarlo, maestro. Creo que algo consume el desierto. Se siente como si los bordes de la realidad se debilitasen y uno estuviera mirando al horizonte en un sueño. —Dijo ella.

—Quizá percibes el océano de fuego y magma que hay debajo de nosotros.

—¿O el sol que se encuentra encima? —Preguntó irritada. —Le da poca importancia a lo que digo, pero estoy segura de que las causas de este clima no son naturales. Cuando revisé el archivo en la ciudad...

—Toda una proeza cuando tienes prohibido dejar el Cenobio Yshari.

Me lanzó una mirada fulminante. —Examiné los registros del clima. Nunca ha habido un periodo de calor interminable como éste. El Oasis de Dahglur desaparecerá si la sequía no concluye pronto.

—Conuerdo con esto.

—Pero va más allá de eso, —dijo Li-Ming. —Hay algo en el aire que jamás había sentido antes. Debería ser fresco, pero no lo es. Los vientos deberían estar tranquilos, mas no es así.

—¿Quizá buscas una explicación donde no la hay? Pese a nuestro conocimiento del mundo y las estrellas, cabe la posibilidad de que esto sea algo tan natural como una era de hielo y nieve. No has vivido tanto como yo y los misterios del universo pueden parecerse novedosos.

—Si cree eso, ¿por qué estamos aquí, maestro?

Me reí. —Buen punto.

Li-Ming miró el pueblo en la distancia. —Nuestro mundo está repleto de magia. Considere las Tierras Temibles, un lugar destruido por completo. ¿Quién dice que no empezó así? Han pasado casi veinte años desde que los Señores del Infierno caminaron por la tierra. Isendra me contó de la invasión que nunca ocurrió. Quizá viene ahora.

—A veces me pregunto si darías la bienvenida a la ruina del mundo sólo por tus ansias de forjar tu destino.

—Es mi destino y llegará tarde o temprano, —respondió ella.

Esa era la idea que tenía Li-Ming y que Isendra compartía. Li-Ming creía que protegería al mundo de una invasión del Infierno tal como hizo Isendra. Tal cosa surgió de un libro que leyó Li-Ming, una profecía oculta en uno de los tomos de la biblioteca que detallaba las señales que auguraban el regreso de los Señores del Infierno. Isendra trató de convencerme en varias ocasiones que la profecía era cierta. Sin embargo, pese a que yo no estaba ciego ante el posible peligro, permanecí escéptico.

Li-Ming tenía muchos talentos y el mayor de ellos era leer magia. Era una chica perceptiva y le era fácil hallar las estructuras ocultas de los hechizos. En cierta ocasión le pregunté cómo era ver el mundo a través de sus ojos. Ella describió hilos mágicos invisibles y el modo en que sus auras de poder arcano se arremolinaban en torno a los magos cuando lanzaban sus hechizos. También mencionó la imagen que permanecía a posteriori —la aparición de puntos rojos y verdes— como si uno hubiera mirado al sol. Ella podía oler, degustar, ver y sentir la magia. Así que, si Li-Ming me decía que el verano interminable era obra de la mano de algún mortal u otro gran poder, le creía, pues esa era también mi opinión. Sin embargo, no dije nada. Si esto era cierto, me preocupaba lo que pudiera significar.

Caldeum estaba situada encima de una larga planicie que se alzaba por encima del resto del desierto. Dicha planicie terminaba en acantilados escarpados, en cuya base se

encontraba Lut Bahadur. Encima de las murallas del pueblo reposaban molinos que giraban plácidamente en épocas normales. Sin embargo, muchos de ellos habían sido arrancados por los salvajes vientos. Toldos de lona rasgada y decolorada reposaban sobre vigas de madera que sobresalían de los tejados de barro para ofrecer algo de protección contra el sol. No servía de mucho, pues en la sombra tampoco existía gran respiro. Casi toda la gente del lugar se cubría el rostro como yo. No era posible ver más que las expresiones de sus ojos, cargadas de miedo o ausentes de esperanza.

El pueblo moría.

Li-Ming usaba uno de sus encantamientos favoritos, una delgada capa de hielo a su alrededor. Ésta se derretía tan rápido como la creaba, así que, a simple vista, parecía que una suave brisa la rodeaba. Al desmontar de su camello ignoró los estribos y optó por flotar suavemente hasta el suelo con la ayuda de corrientes invisibles. Eso llamó la atención de la poca gente que había en la calle.

—¿Es necesario que uses tu magia de manera tan negligente? —Pregunté irritado.

—Este calor es insoportable, maestro. No comprendo como lo aguanta. —Respondió ella.

—Hago tal porque debo de, —bajé de mi camello. —No haremos amistades con tu comportamiento.

—Usted sólo se preocupa de mi comportamiento cuando le es conveniente emitir una reprimenda. —Puntualizó Li-Ming.

—¿Es mi culpa que eso suceda con tanta frecuencia?

Pese a sus protestas, Li-Ming dejó que el hechizo se disipara al acercarse a mi. La suave humedad que la rodeaba se desvaneció, devorada por el aire desértico.

—Estamos aquí para observar y preguntar, nada más. —Le recordé a mi alumna.

—Observar y preguntar, nada más. —Repitió Li-Ming.

—Encárgate de los camellos, —dije sin caer en la trampa.

—Creí que debía observar.

—Sí, una vez que te hayas encargado de los camellos. Iré a buscar a Isendra.

—¿Isendra está aquí? —Su rostro se iluminó.

—Así es, quédate aquí. —Dije. —Ah, ¿Li-Ming?

—¿Sí, maestro? —Preguntó solícita.

—Trata de no meterte en problemas.

Li-Ming sonrió.

Enclavado en el costado de un cañón, el pueblo se encontraba protegido de los ardientes vientos que soplaban de oeste a este, sin embargo, cuando provenían de cualquier otra dirección, Lut Bahadur estaba expuesto. Existía evidencia de que los pobladores intentaron construir un rompevientos, pero éste fue derribado hace tiempo ya. Ese día, el viento soplaban desde el este, pero no era tan salvaje que estar afuera presentara algún peligro. Li-Ming ató a los camellos cerca del pozo y luego echó un vistazo a su interior. No me necesitó verlo para saber que estaba vacío. Toda el agua restante estaría almacenada en vasijas, pero era casi seguro de que no quedaba mucha. Me aproximé a uno de los hombres sentados bajo la inútil sombra de una lona rasgada —la luz se filtraba por los agujeros y las roturas— para preguntarle dónde podría encontrar a la hechicera.

De súbito, la tierra se alzó, desplazándose cual olas debajo de nosotros, y fui derribado por una violenta sacudida. Al mirar hacia arriba, vi a Li-Ming con los brazos extendidos a la altura de sus hombros. Sus dedos se movían como si estuvieran tirando de hilos de marionetas en una función.

Esto era obra suya.

—¡Li-Ming! ¿Qué has hecho? —Grité mientras el temblor continuaba.

—Venga a ver por sí mismo, —dijo orgullosa, señalando el pozo. Me incorporé y caminé hasta allá pese a que el suelo seguía moviéndose. Al mirar dentro del pozo vi el tenue brillo del agua que entraba al área seca en la base del mismo. Li-Ming trajo agua al pueblo, algo que necesitarían para sobrevivir.

—Encontré agua en las profundidades, quizá un río subterráneo que fluye hacia el Oasis de Dahglur. Desvié su cauce para llenar el pozo. Este pueblo...

—Suficiente, —dije con severidad. —Te dije que venimos a observar y preguntar, nada más.

—Podríamos hacer más, maestro. Como construir un nuevo rompevientos, o reparar lo que ha sido destruido por las tormentas de arena. Siempre dice que no debemos hacer nada. ¿Para qué se nos concedieron estas habilidades sino para ayudar a los demás? He estado pensando que quizá con nuestra magia podríamos revertir el calor y poner fin al verano.

—No haremos nada, pues no nos corresponde. Tú mejor que nadie deberías entender lo que ocurriría si intentamos alterar el clima a tal escala. —La reprendí. —¿Ya olvidaste tu fracaso?

—¡No soy la niña que alguna vez fui y jamás abandonaré a la gente que sufre! — Declaró Li-Ming. —¡Dígame por qué no podemos ayudarles! ¿¡Por qué es incorrecto!?

Señalé el pozo lleno. —¿De dónde proviene esta agua? ¿A dónde fue? ¿Acaso el agua que fluía hacia el oasis fluirá hasta acá sin costo? No puedes crear de la nada, resuelves un problema pero creas diez más. —Li-Ming era joven y no le preocupaban los detalles. Actuaba de manera impulsiva, viendo sólo lo que ocurría en el momento.

—El agua estaba ahí, maestro. La gente podría haber hecho más profundo el pozo, yo sólo les facilité las cosas.

—Tu altruismo habla bien de ti, Li-Ming, pero nosotros los magos no podemos hacer esto. Hay ocasiones en las que usamos nuestra magia para ayudar a la gente, pero no puede ser siempre y debemos considerar con cuidado el costo antes de actuar. Esto no se encuentra sujeto a discusión, es necesario que me hagas caso.

—Pero Li-Ming está en lo correcto, —dijo la voz de una mujer.

—¡Isendra! —Li-Ming corrió hasta la hechicera, quien la abrazó cariñosamente.

—Esto no nos compete, ni a ti tampoco, —dije. —Li-Ming, déjame hablar con Isendra; a solas.

Li-Ming frunció el ceño y abrió la boca para hablar, pero asintió y nos dejó, dirigiéndose hacia los hombres y mujeres que llevaban vasijas y otros contenedores para llenarlos con agua. La observé fijamente.

—Si los problemas de esta gente no nos competen, ¿por qué estamos aquí? — Preguntó Isendra.

—En ocasiones ustedes dos son muy similares, —gruñí. —Ella dijo lo mismo.

—¿Cómo ha estado?

—Los años cambian poco. Es tan impetuosa como cuando la conocimos. Me pregunto si nos equivocamos al decidir enseñarle.

—Ella no se contenta con dejar las cosas como están. Quiere darle a la gente una mejor vida.

—Li-Ming no considera el precio. Vive aquí y ahora mientras aquellos como tú o yo debemos ver más allá. Esa es nuestra carga, dirigir a los clanes de magos.

—Y bien puede estar en lo correcto. Nosotros tres somos los magos más poderosos en la actualidad. ¿Qué nos impide poner fin a este verano y restaurar el orden de las estaciones?

—Ese es un pensamiento guiado por la emoción, no la razón. —Dije. —No podemos cambiar el clima; no funcionará.

—Li-Ming no diría tal cosa, —dijo Isendra.

—Tú no eres Li-Ming. Ella es una niña imprudente.

—Tú ves una niña. Yo veo una mujer que podría salvar este mundo.

—Profecía. Destino. —Me encogí de hombros. —¿Quién sabe que nos deparará el día de mañana? Si todo eso llegara a suceder, tú y yo lo enfrentaremos. Quizá Li-Ming luche con nosotros, pero ella no es la única con la capacidad de hacerlo. ¿Cómo sabemos que las profecías son ciertas? Los Señores del Infierno debieron haber atacado hace veinte años. Nuestro mayor temor debe ser de nosotros mismos.

—Los años te han vuelto tímido, —dijo Isendra.

—Y a ti imprudente, —respondí. —No interferirás.

—Haré lo que sea necesario —dijo mientras se retiraba—, al igual que tú.

Una vez que Isendra se hubo marchado, observé a Li-Ming. Estaba atendiendo a un niño que se había colapsado a causa del calor. Tenía fiebre, sus mejillas se encontraban enrojecidas y el sudor perlaba su piel. Li-Ming lanzó un hechizo y el aire alrededor de sus manos se enfrió. Cuando las colocó cerca del rostro del niño, éste suspiró pacíficamente mientras la más suave de las brisas susurraba contra los mechones de cabello apelmazados en su frente.

—Gracias, —dijo la madre del niño. —Oigo como hablan los demás, pero restauraste nuestro pozo y salvaste a mi hijo. Eso no me parece malo.

Li-Ming se incorporó sonriendo, pero su expresión era adusta cuando llegó frente a mí.

—Esta gente va a morir, —dijo Li-Ming.

—Quizá, pero nuestra intervención no necesariamente habrá de impedirlo.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? —Los ojos cafés de Li-Ming escudriñaban los míos.
—¿Verá los rostros de los muertos en sus sueños?

—Los suyos y más. Es nuestra maldición, Li-Ming. Habrás de conocer este dolor en gran medida. —Coloqué mi mano sobre su hombro. —Vámonos.

* * * * *

Se que te conté buena parte de esa historia la última vez que hablamos, pero no mencioné a Li-Ming pues era Isendra quien me preocupaba. Sin duda aceptas que mis actos fueron apropiados, pero no soy un monstruo. Como siempre, ante tal situación, sentí una gran tristeza al no poder hacer lo que Li-Ming deseaba y ayudar a la gente de Lut Bahadur. Era una discusión común, una que teníamos con frecuencia. Simpatizaba con ella más de lo que creía.

Fue poco después cuando tú y yo nos reunimos por primera vez. Me preocupaba lo que Isendra pudiera hacer. Mi corazón me aseguraba que el asunto no había concluído del todo.

Sospecho que sabes lo que ocurrió después, detalles que yo no. Esto fue, creo, cuando Li-Ming comenzó a inclinarse hacia la decisión que nos conduciría a este desastre.

* * * * *

Meses más tarde, a altas horas de la noche, mi puerta chirrió al abrirse y Li-Ming entró. No tenía la costumbre de tocar, una peculiaridad de su carácter que aprendí a aceptar. Sin embargo, sus visitas habían sido escasas últimamente. Esta particular ocasión parecía que algo acababa de despertar a Li-Ming. Su toga, por lo general impecable, estaba algo arrugada y fuera de lugar; como si se la hubiera puesto con prisas. El devenir de sus ojos indicaba que algo la perturbaba.

—¿Lo percibe? —Preguntó.

—No, nada.

—Alguien lanzó un poderoso hechizo en el este, cerca de aquí. Tenemos que investigar, —dijo Li-Ming. —Algo sucedió.

—Podemos ir por la mañana, —dije.

—¿Acaso necesitas tantas horas de descanso, anciano? —Dijo con irritación, pero luego se puso seria. —Fue Isendra, maestro.

Guardé silencio pues no confiaba en mis palabras, pero accedí.

Dejamos el Cenobio Yshari y partimos hacia Lut Bahadur. Debía ser invierno, el tercero desde que comenzó aquel verano interminable, pero el aire nocturno era tan seco y caliente como si se tratara del medio día. El único y muy pequeño consuelo era la ausencia del sol. Sentía como si estuviera de pie junto al horno de un soplador de vidrio. Sudor escurría por mi cuerpo y mi toga se adhería a mi piel.

Li-Ming no dijo nada durante el trayecto.

Lut Bahadur se encontraba en silencio cuando llegamos. A diferencia del viento que soplaba aún ahora, lanzando arena y polvo por todo el desierto, no había sonido alguno, salvo las pieles y la ropa que se agitaban en los tendedores contiguos a cada choza. Las calles estaban vacías, mas las lámparas ardían aún. Sin embargo, otra cosa se adueñó de mis pensamientos.

El aire estaba frío.

Un escalofrío cruzó mis hombros y descendió por mis brazos cuando entramos al pueblo. El viento helado pasó sobre mí. No había sentido tal cosa por tanto tiempo que, en un principio, mi cuerpo lo rechazó. Sentí mis músculos relajarse poco a poco, como si la tensión provocada por el calor interminable pudiera disiparse con la suave caricia de la brisa.

Li-Ming invocó esferas de luz que lanzó a recorrer el pueblo. Conforme se alejaban, su titilante incandescencia iluminaba el suelo y los costados de los edificios que pasaban de largo. Eso era nuevo, no había visto ese hechizo antes.

—¿Qué es eso? —Pregunté.

Li-Ming ignoró la pregunta. —¿Siente el aire?

—Está frío, —dije.

—No, eso no, —respondió—, electricidad. Nunca la había sentido con tal fuerza, así que no estaba segura si se trataba de un hechizo o algo completamente distinto. —Ella guardó silencio y lo único que percibí fue la preocupación que manaba de mi estudiante.

—La seguí mientras avanzaba por los curvos caminos, dando vuelta de cuando en cuando. Aunque era tarde, estaba demasiado tranquilo para tratarse de un pueblo dormido. Los toldos de tela se agitaban en silencio mientras el viento amaninaba. El sonido ausente, salvo por nuestros pasos en la tierra dura. Incluso podía escuchar los latidos de mi ansioso corazón. Li-Ming y yo caminamos por las calles abandonadas hasta que ella decidió aproximarse a la puerta de una casa y la abrió de un empujón.

—¿Qué haces? —Siseé mientras cruzaba el umbral detrás de ella, perfectamente consciente del crujir de mis botas sobre la tierra.

Abrí la boca para sermonearla y extendí una mano para agarrarla del hombro, pero las palabras murieron con mi aliento y me congelé a media acción. Dentro de la casa parecía como si el tiempo se hubiese detenido. Un hombre, una mujer y un niño estaban sentados alrededor de una mesa grande, pero hicieron caso omiso de nuestra intrusión. Se encontraban tan fríos e inmóviles como estatuas. Los labios de la mujer se apreciaban entreabiertos con una palabra a medio decir que pendía en el aire; para jamás ser escuchada. A su lado, el hombre se había vuelto para mirar al niño, quien tenía un brazo estirado sobre la mesa. La comida parecía haber sido cocinada y servida de manera reciente, pero no irradiaba calor. Era como si la luz de la luna hubiese absorbido todo el color y la vida de la escena frente a mis ojos.

—¿Qué pasó aquí? —Susurré.

—No estoy segura, —respondió Li-Ming mientras recorría la habitación. Sus ojos veían sin ver mientras seguían el tejido invisible de energías arcanas que yo no podía notar. —La forma del hechizo se disipa con el tiempo. Es algo similar a intentar determinar el tamaño de una tormenta con lo que deja a su paso: charcos en el suelo y nubes en el aire.

Salí de la casa, no quería ver más. Aguardé a que Li-Ming dejara el recinto, cosa que hizo minutos más tarde.

—Ella trató de absorber el calor del aire para hacerlo fresco, mas perdió el control del hechizo. El frío se abrió paso y el aire se congeló.

—¿Ella? —Pregunté aunque conocía la respuesta.

—Isendra. Reconozco el patrón de su magia, así como conozco el suyo, maestro. Existen pocos magos capaces de intentar de lanzar este hechizo en particular.

—¿Cómo sucedió?

—No era lo suficientemente fuerte. Quizá funcionó al principio, pero cuando se tornó demasiado poderoso para ella, la estructura de su hechizo se debilitó y se deshizo. — La voz de Li-Ming se quebró. —Esto es mi culpa.

—Isendra puede necesitar ayuda, —dije—, vale más que la busquemos.

Li-Ming envió sus esferas flotantes de luz para ayudarnos en nuestra búsqueda, pero en todas las casas era lo mismo. Los habitantes estaban congelados como si hubiéramos entrado a una extraña galería de estatuas, un cementerio silencioso. No había rastro de Isendra.

La encontramos una hora más tarde. La casa tenía la misma apariencia que las demás, pero Li-Ming estaba segura. Se detuvo por un momento antes de abrir la puerta. Yo la seguí.

El interior era distinto. Mientras las otras se encontraban en perturbadora calma, era claro que aquí hubo una lucha violenta. Negras quemaduras adornaban las paredes, donde los ladrillos de barro habían sido lamidos por fuego. Las mesas, sillas y otros muebles estaban chamuscados y desperdigados. El aroma a ceniza era denso. Pude percibir algo, pero no era la evidencia de magia como la percibía Li-Ming. Era una reacción primitiva e instintiva que provocó que los vellos de mis brazos se erizaran. Luego vi lo que temía, Isendra. Su cuerpo yacía en el suelo cual muñeco lanzado con descuido. Sangre manaba de heridas en sus brazos y su estómago, extendiéndose por el suelo de madera. Su piel estaba ennegrecida en ciertas partes y su cabeza torcida de manera antinatural hacia un costado. Sus ojos miraban vacuamente las tablas del suelo.

Li-Ming corrió hasta Isendra y se arrodilló junto a ella. Con lágrimas surcando sus mejillas, tomó el cuerpo sin vida de la hechicera entre sus brazos.

—¿Qué ocurrió aquí, maestro? —Preguntó.

Sacudí la cabeza. Permanecemos en silencio y en profundo dolor hasta que Li-Ming soltó con delicadeza el cadáver de Isendra y se incorporó.

—No todo este fuego fue creado con magia —dijo Li-Ming—, esto es algo más nuevo. La magia del hechizo de Isendra ya está desapareciendo; esto sucedió después.

—Cuando un hechicero pierde el control de un hechizo, los resultados pueden ser caóticos. Lo he visto infinidad de veces.

—No fue magia lo que causó su muerte, maestro. —Dijo Li-Ming.

—Quizá no, pero su magia condujo a esto. El pueblo ha sido destruido y ella está muerta. ¿A quién protegió? ¿A quién salvó? ¡Respóndeme! —Mi voz sonaba con fuerza entre el silencio antinatural.

—Está ciego —dijo Li-Ming con rabia—, Isendra intentó ayudarles. Eso es mejor que cualquier cosa que usted ha hecho. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras la

gente sufre; no más. Así como tampoco pienso hacerlo cuando llegue el momento en que el mundo necesite de mi ayuda.

—¿Pagará la gente con sus vidas por tu fracaso como este pueblo pagó por el de Isendra? ¿Sacrificarás inocentes por tus ideas de heroísmo? —Pregunté.

—No, —respondió ella con suavidad.

Por un momento mi brillante estudiante parecía ser aún una niña pequeña. Miré con tristeza el cuerpo de mi amiga caída —quién tenía una apariencia distinta en muerte— y no dije más.

Cuando llegó el momento de partir, Li-Ming prendió fuego a la casa con un hechizo. Isendra, su otrora maestra, se encontraba en el suelo descansando pacíficamente. Sus ojos estaban cerrados; su deber concluido. Conforme creció el fuego y las llamas aumentaron, agua perló su rostro y escurrió como si fueran lágrimas. Conduje a Li-Ming lejos de la casa, sosteniéndola del brazo.

La mirada de mi estudiante se cruzó con la mía. El dolor y la furia permanecían, pero lo más notorio fue una adusta determinación. —Yo no fallaré.

Cruzamos el pueblo silencioso inmersos en nuestros pensamientos. Saber lo que albergaba cada casa, oculto de toda mirada, me inquietaba. Miré hacia Lut Bahadur mientras nos alejábamos. Los estrechos caminos accidentados iluminados por la luz de mil linternas titilantes que se internaban en la noche como un enjambre de luciérnagas.

* * * * *

Creo que fue ahí cuando Li-Ming comenzó a entender el peligro de sus actos y lo que podía significar el fracaso. No hablamos de la muerte de Isendra sino hasta la última vez que la vi. ¿Sabía Li-Ming la razón por la cual murió Isendra? ¿Sabía como había perdido la vida?

Lo acaecido en Lut Bahadur no disminuyó en lo más mínimo el deseo de Li-Ming de obtener conocimiento. Estaba obsesionada con saber más para poder tener éxito donde Isendra fracasó. Pasó la mayor parte de su tiempo en la biblioteca y siempre hallaba el modo de escaparse hacia las zonas prohibidas. Mis esfuerzos por mantenerla alejada de ahí fueron en vano. Aprendió magia temporal de los escritos de los magos que extendieron sus vidas más allá del periodo de los hombres normales y leyó de otros que tenían tal poder que la mirada de la muerte los pasó de largo. Magos como el arcanista loco Zoltun Kall, quién reemplazó su sangre con las arenas del tiempo y no había manera de matarle; sólo

aprisionarle. Con su entendimiento de la red invisible de poder arcano se enseñó la habilidad de proyectarse de un lugar a otro con magia de teletransportación. Dominó el truco de dar forma a ilusiones vivientes y obtuvo la capacidad de crear dos imágenes perfectas de sí misma, las cuales copiaban sus acciones. Había pergaminos y diagramas que mostraban como desafiar y doblar las fuerzas invisibles del universo. Su poder creció en gran medida y mi preocupación también.

Cuando nos conocimos, te dije que vigilaras a Isendra por temor a que cometiera una locura. No cuestiono la decisión que tomaste.

Poco tiempo después, Li-Ming tomó su propia decisión.

* * * * *

El gran salón del Cenobio Yshari era una masiva habitación octagonal con techos abovedados que tenían pintada la historia de los clanes de magos. Ocho pares de puertas conducían a los pasillos y a otras cámaras, aunque ninguna tan magnífica como ésta. Cada centímetro de las paredes estaba cubierto con espectaculares tapices y las losas del suelo provenían de canteras en las tierras más allá de los Mares Gemelos.

Cuando entré, Li-Ming se encontraba de pie en el centro de la habitación, mirando los patrones del suelo. La cámara estaba vacía, salvo por nosotros dos.

—No quería irme sin decirle —comentó al escuchar mis pasos—, creí que le debía al menos eso.

—¿Y a dónde vas? —Pregunté.

—Una estrella fugaz surcó los cielos y cayó en el oeste. Es la señal que he estado esperando. Usted leyó los libros proféticos al igual que yo, sabe lo que eso significa. Esperábamos la invasión del Infierno hace veinte años y nunca llegó. Las lúgubres noticias que escucho día con día en el bazar lo confirman. Ha llegado el momento.

—Tu sitio está aquí, una estudiante del Cenobio Yshari. Eres una peligrosa chispa y el mundo está seco, propenso a las llamas. No puedes controlarte y, si permito que te marches, lo que harás puede ser peor que cualquier perdición imaginable.

—No hay más que pueda aprender de usted, —dijo

—¿Recuerdas el día que nos conocimos, Li-Ming? Sabes más de lo que sabías en ese entonces, pero has obtenido poca sabiduría. Si te marchas, sólo serás una arcanista.

—No necesito su sabiduría, *soy* una arcanista y protegeré al mundo si los magos se niegan a hacerlo. —Me dio la espalda. —Déjeme ir hacia mi destino. Usted estará a salvo aquí, con sus libros y sus temores.

Alcé las manos y, canalizando una mínima parte de lo arcano, cerré las puertas que conducían al gran salón. Una por una se cerraron estruendosamente, dejándonos atrapados en el recinto.

—Entonces tendré que detenerte. —Arremangué con cuidado las largas mangas de mi toga. —Fuiste mi mejor estudiante, Li-Ming, y creí que eventualmente podrías ser mi sucesora en el liderazgo de los clanes de magos; creí que me superarías. Lamento que las cosas deban terminar así, quizá soy yo el que falló.

—Fue un buen maestro y aprendí sus lecciones, pero nunca comprenderá el regalo que nos fue concedido. Esa es la razón por la que he de sobrepasarlo, —Sus palabras hicieron eco en la habitación.

Noté como se entrecerraban sus ojos mientras se concentraba. Las antorchas titilaron en los apliques del recinto mientras comenzamos a reunir la energía que nos rodeaba. Li-Ming tenía las manos a ambos lados de su cuerpo, apretando los dedos mientras nos mirábamos como rocas inamovibles en el vado de un río. Bajé mi bastón y lo sostuve frente a mí, utilizándolo como foco para mi propio poder.

—¿Alguna vez se preguntó si yo soy más fuerte que usted, maestro?

—No —sonreí—, nunca hice tal.

Aguardé a que Li-Ming tomara la iniciativa. Ella conjuró bolas de fuego que absorbieron la luz de las antorchas y parecieron oscurecer la luz que entraba desde el exterior. Sólo una ilusión óptica mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad. Li-Ming lanzó las esferas ardientes contra mí. Las rechacé y las proyecté contra las baldosas, donde marcaron el mármol pero no me tocaron. El aire se encendió y sentí que me faltaba el aire. Li-Ming me miró con expresión divertida, pero preparó su siguiente ataque. Desgajó masivos trozos de piedra del techo, los encendió y los lanzó contra el punto en el que me encontraba parado. Levanté mi bastón por encima de mi cabeza y descargué una ola de fuerza que se extendió hacia afuera, formando un domo brillante que se expandió y atrapó los meteoros, convirtiéndolos en polvo fino. Algunos fragmentos chocaron contra el suelo. El escudo traslúcido me protegió del embate, pero la reverberación causó un doloroso eco por todo mi cuerpo. Si fuera más joven, me hubiera afectado menos, sin embargo, me vi forzado a apoyar una rodilla en el suelo. A mi alrededor, las baldosas de mármol se resquebrajaron y se partieron por el impacto como un espejo roto, e incluso Li-Ming retrocedió.

—Tendrás que hacer algo mejor que eso.

Li-Ming gruñó con frustración y esta vez surgió fuego de las palmas de sus manos, delgados rayos iridescentes que se aproximaban hacia mi. No podía hacer más que evadir sus terribles arcos, pues rebanaban limpiamente la piedra y desgarraban las baldosas de mármol. Pude sentir como el suelo cedía. Extendí mi agarre hacia el exterior, hallando las piedras que amenazaban con colapsarse y las até con hilo invisible. Si lo soltaba, el suelo se colapsaría y yo con él. Debajo del gran salón se encuentran las catacumbas y dudaba poder sobrevivir tal caída. El esfuerzo por mantener todo en su sitio era enorme y mis nudillos se tornaron blancos mientras apretaba mi bastón con fuerza.

Li-Ming miró hacia mi lado de la habitación, donde el suelo estaba partido y roto. Movié su mano y la roca cedió bajo mis pies, convirtiéndose en nada. Isendra me enseñó un truco y éste apareció en mi mente de manera inconsciente. En un momento me hallaba sobre la baldosa, al siguiente a unos cuantos metros de distancia; en terreno más sólido. La agonía de la teletransportación, aún en distancias tan cortas, era inmensa. Sentí como si me hubieran hecho mil pedazos y luego cosido de vuelta con hilo ardiente. Era difícil determinar qué cosa había sido más dolorosa. Li-Ming destruyó mi nueva percha de manera metódica y yo me desplacé de nuevo. Repetimos la danza por un rato más, pero mis reflejos comenzaban a volverse más lentos y podía sentir los estragos de la batalla en mi viejo y frágil cuerpo.

Golpeé el suelo con mi bastón y rugió un trueno con el impacto. En un instante, arcos de electricidad llenaron la habitación. Los puntos de impacto provocaban explosiones y proyectaban fragmentos de mármol en todas direcciones. Los relámpagos se desplazaban hacia Li-Ming, pero nunca alcanzaron su objetivo. Ella extendió los brazos y se concentró. Los dentados rayos quedaron congelados en el aire. Sin inmutarme, seguí invocando relámpagos y la tormenta creció y creció. Los rayos se encontraban encima de Li-Ming como un abanico extendido. Cuando ya no fue capaz de detenerlo, la electricidad surcó su cuerpo, proyectándola contra el suelo entre una cascada de chispas y luz blanca.

Li-Ming desapareció.

Sin saber cuales eran sus intenciones, encendí la tormenta, convirtiéndola en un brutal infierno que llenó la totalidad del gran salón y quemó mi propia carne. Esto amenazaba con consumir lo que quedaba de mis fuerzas. Cuando Li-Ming apareció nuevamente, estaba envuelta en llamas. La escuché gritar mientras el fuego la consumía. Los mosaicos temblaban bajo mis pies conforme me acercaba. Concentrado en el hechizo que mantenía el suelo en su sitio, apunté mi bastón hacia su figura colapsada.

El suelo se sentía sólido y estaba alivado de que soportaba mi peso.

—Aún tienes mucho que aprender, Li-Ming.

Le lancé una estocada con mi bastón, pero donde debió haber golpeado carne; el cuerpo de Li-Ming se esfumó.

Me volví justo a tiempo para verla detrás de mí. Abrí la boca para decir algún hechizo, el que fuera, pero una explosión lo sacudió todo. Perdí el control y el suelo cedió bajo mis pies. Caí y caí, precipitándome por la oscuridad hasta que terminé en el frío suelo de roca de las catacumbas.

Tirado y con el cuerpo magullado, me rodeó el aroma de fuego y polvo. Li-Ming flotó hasta donde yo estaba y se arrodilló junto a mí.

—Cree que no aprendí sus lecciones, pero vaya que lo hice. Aprendí la lección de la muerte de Isendra. Sin embargo, recibí mi poder por alguna razón y es mi carga utilizarlo. Voy a utilizarlo, no le temo como usted.

—¿Qué tal si no puedes controlarlo? —Mi voz salió rasposa. —Con tu poder podrías destruir el mundo.

—Entonces el mundo llorará. —Me dio la espalda una vez más. —Hay algo que debo preguntarle, maestro.

—Guardé silencio, pues sabía lo que vendría. No existía otra cosa que Li-Ming pudiese aprender de mí.

—¿Por qué murió Isendra? Dígame la verdad.

—No sé más de lo que tú sabes.

—Li-Ming asintió y ascendió caminando por el aire.

—Abrí la boca para hablar de nuevo, pero las sombras lo envolvieron todo.

* * * * *

Cuando desperté varios días después, Li-Ming había salido de la ciudad y nadie sabía su paradero. Me dijeron que era imposible ocultar lo ocurrido, pues la columna de humo que surgía del Cenobio era visible desde todas partes. Asimismo, las cicatrices que dejó nuestra lucha eran obvias; piedras cercenadas y despedazadas.

Aquí concluye lo que sé de la historia de la arcanista y mi decisión aguarda. Cuando los magos amenazaban con destruir nuestro mundo, un señor de los Vizjerei fundó la orden de asesinos, los cazadores de magos, quienes asegurarían que no nos volviéramos tan poderosos que todo peligrase. Estuvo de pie en lugar mío, hablando con el primer asesino como hacemos tú y yo ahora; envió a muchos magos ilustres a su muerte.

Por mi parte, esta será la segunda ocasión que lo hago.

Creo que ella sabía que fui yo quién te ordenó vigilar a Isendra y, pese a lo que pueda significar, me dejó vivir. Li-Ming sabía que tal como sellé la muerte de Isendra, existía la posibilidad de que le haría lo mismo a ella.

Pero entiende una cosa, Li-Ming no mintió. Hay tomos en nuestra biblioteca que describen los eventos que bien pueden estar ocurriendo. Todo comienza con una estrella fugaz que cae desde el cielo. Esto sucedió el día que luché contra Li-Ming.

Conozco la naturaleza verdadera de la magia, así como quién y qué soy. Li-Ming también lo sabe, pero ha tomado un curso distinto. Así va el acertijo que tenemos frente a nosotros, asesino. No estoy ciego ante el mal que acecha, pero temo lo que Li-Ming pueda hacer. Por lo tanto, consigno a la muerte a mi más brillante estudiante —ella que quizá sea la mejor esperanza que tiene el mundo de obtener la salvación— y ruego que mi decisión sea la correcta.

Sin embargo, recuerdo una niña que se encontraba frente a mí en esta habitación, quien no temía nada. Recuerdo una joven mujer altruista que deseaba hacer el bien, alguien para quien no había tarea demasiado grande y ninguna proeza que estuviese fuera del reino de lo posible. Una mujer que me consideraba su guía.

Ella tomó su decisión, yo tomé la mía.